



Consejo Económico y Social

Distr. general
25 de junio de 2008
Español
Original: inglés

Reunión especial sobre la crisis alimentaria mundial

Nueva York, 20 de mayo de 2008

Carta de fecha 13 de junio de 2008 dirigida al Presidente del Consejo Económico y Social por la Representante Permanente del Brasil ante las Naciones Unidas

Tengo el honor de remitir adjunto el mensaje del Sr. Luiz Inácio Lula da Silva, Presidente de la República Federativa del Brasil, en ocasión de la Reunión especial sobre la crisis alimentaria mundial, celebrada del 20 al 22 de mayo de 2008 (véase el anexo).

Le agradecería que tuviera a bien hacer publicar el mensaje como documento del Consejo Económico y Social y hacerlo distribuir a todas las Misiones Permanentes y Misiones Permanentes de Observación ante las Naciones Unidas.

(Firmado) Maria Luiza Ribeiro **Viotti**
Embajadora
Representante Permanente del Brasil
ante las Naciones Unidas



Anexo de la carta de fecha 13 de junio de 2008 dirigida al Presidente del Consejo Económico y Social por la Representante Permanente del Brasil ante las Naciones Unidas

Quiero felicitar al Embajador Léo Mérorès, Presidente del Consejo Económico y Social y Representante Permanente de Haití, por haber convocado esta reunión. También quiero saludar al Secretario General, Sr. Ban Ki-moon, a los Representantes Permanentes, a los delegados y a los altos funcionarios de las Naciones Unidas.

Desde el primer día que asumí mis funciones me he dedicado a combatir el hambre y la pobreza, tanto en el Brasil como en el mundo.

Hace cuatro años, en esta sala, ante docenas de dirigentes mundiales, lanzamos la iniciativa internacional “Acción contra el hambre y la pobreza”. Con nuestra movilización hemos obtenido resultados importantes, particularmente en el ámbito de la salud. Sin embargo, somos muy conscientes de que queda mucho por hacer.

El desafío es aún mayor debido al reciente aumento de los precios de los alimentos en todo el mundo. Se han producido manifestaciones de hombres y mujeres hambrientos en muchos países y, en algunos casos, han amenazado la estabilidad institucional. Un desastre humanitario de gran magnitud constituye una amenaza real.

Hoy, incluso antes de que esta sombría perspectiva se convierta en una realidad, el aumento de los precios ya afecta a los más pobres entre los pobres, que gastan una proporción mayor de sus ingresos en alimentos. La posibilidad de una regresión en la lucha contra la pobreza y la malnutrición aleja aún más el logro de los objetivos de desarrollo del Milenio.

Debemos actuar en distintos frentes. Como medida de emergencia, debemos contener rápidamente los peores efectos de la crisis actual. El Brasil hace lo que le corresponde en Haití, donde presta asistencia alimentaria y apoya la rehabilitación de la agricultura local.

También es urgente analizar el problema a fondo para abordarlo mejor. Esta es una cuestión compleja que requiere un examen objetivo e imparcial, que evite llegar a conclusiones precipitadas. El mes pasado, en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo, el Secretario General de las Naciones Unidas, Sr. Ban Ki-moon, dijo con toda razón que la crisis tenía causas múltiples.

El aumento del precio del petróleo y, como consecuencia, del de los fertilizantes, la energía y los transportes ha repercutido considerablemente en los costos de producción de los alimentos. Las fluctuaciones de los precios estacionales, agravadas por las cuantiosas pérdidas de cosechas debidas a razones climáticas, también son una variable de esta compleja ecuación. El realineamiento de los tipos de cambio y la especulación financiera con los productos básicos también han contribuido a esta situación.

Sin embargo, las inquietantes presiones actuales sobre las existencias mundiales de alimentos no deben impedirnos reconocer y celebrar un hecho nuevo y afortunado: que en varios países en desarrollo, un número de personas cada vez mayor come más y mejor.

Este círculo cada vez más amplio de personas demuestra que las estructuras y prácticas internacionales vigentes no pueden incorporar a estos nuevos consumidores sin contratiempos. Debemos producir más alimentos y distribuirlos mejor, pero sobre todo debemos crear condiciones para que los países pobres puedan producir sus propios alimentos.

El hambre se propaga en los países más pobres, que son doblemente vulnerables a ella porque no pueden permitirse comprar alimentos a unos precios cada vez más altos, ni pueden producirlos localmente en cantidades suficientes para alimentar a su propia población.

Pero ¿cómo podemos explicar que haya grandes países que poseen tierras arables y no hayan invertido en cultivar alimentos para asegurar al menos la subsistencia de su propia población? La respuesta puede encontrarse en las distorsiones actuales del comercio internacional de productos agrícolas, en particular en el proteccionismo, que los países industrializados han practicado durante décadas, por no decir siglos. Los pequeños agricultores no pueden competir con los millones otorgados en subsidios por los países ricos a sus propios agricultores. Al no poder mantenerse, los agricultores de muchos países pobres pasan a depender de los alimentos importados y de la ayuda externa. Los subsidios agrícolas premian la ineficiencia, perpetúan los privilegios de unos pocos y agravan el hambre de muchos.

La necesidad de eliminar estas distorsiones es la causa de que el Brasil se esfuerce por lograr una conclusión equilibrada de la Ronda de Doha. Somos partidarios de un acuerdo que, de una vez por todas, imponga las disciplinas multilaterales de la Organización Mundial del Comercio a los productos agrícolas.

La aplicación de reglas equitativas para el comercio internacional de los productos agrícolas es fundamental no sólo para erradicar el hambre en el mundo sino también para hacer frente a otro problema crucial de nuestra época: reconciliar la protección del medio ambiente con la seguridad energética.

Es necesario desenmascarar las campañas promovidas por el proteccionismo comercial y los intereses creados de grupos que se benefician del petróleo e intentan desprestigiar los biocombustibles, a los que culpan tanto del aumento de los precios de los alimentos como del calentamiento de la Tierra.

Esas campañas ignoran el éxito de la experiencia del Brasil con la obtención de etanol a partir de la caña de azúcar. Durante los últimos 30 años, el Brasil ha reducido enormemente las emisiones de anhídrido carbónico al tiempo que también ha reducido la demanda de energía fósil, hasta el punto de ser prácticamente autosuficiente en cuanto a la energía. Y lo ha conseguido sin perjuicio de la producción de alimentos. Por el contrario, durante el mismo período, la producción agrícola del Brasil ha aumentado exponencialmente gracias al aumento de la productividad, incluida la producción de caña de azúcar.

La lucha contra el hambre y la pobreza debe consistir sobre todo en estimular el potencial latente de la producción de alimentos en los países más vulnerables. El Brasil hace lo que le corresponde. Hemos invertido enormemente en la investigación y en la mejora de los cultivos. También hemos ofrecido compartir nuestra experiencia y nuestros conocimientos con otros países en desarrollo, como demuestra el establecimiento de una oficina de la Empresa Brasileña de Inversión Agrícola (EMBRAPA) en Accra (Ghana), en 2007.

Los biofósiles pueden ser especialmente útiles para reducir la vulnerabilidad relacionada con la energía. Y es más, son una fuente de energía renovable barata y no contaminante y generan ingresos y trabajo, especialmente en las zonas rurales donde contribuyen a la prosperidad de la agricultura. En estas circunstancias, ¿por qué se gravan las importaciones de etanol y se exime al petróleo de los derechos de importación, cuando la comunidad internacional considera alternativas para los combustibles fósiles?

El Brasil no tiene ninguna intención de imponer su modelo. Queremos que el potencial de los biocombustibles se determine según las circunstancias de cada país. Si se adoptan con cuidado pueden liberar a algunas naciones de la inseguridad alimentaria y energética. Ante el marcado aumento de los precios de la energía y los efectos del calentamiento de la Tierra, sería irresponsable excluir, por prejuicios, una opción estratégica para los países que no tienen ni petróleo ni alimentos, ni tampoco los medios de costearlos.

El Brasil no rehuirá este debate. Todo lo contrario. He invitado a funcionarios de los gobiernos, a científicos y a representantes de la sociedad civil de todos los países interesados a que participen en una conferencia internacional sobre los biocombustibles que se celebrará en São Paulo el próximo mes de noviembre.

Un examen amplio y objetivo de todos los aspectos de esta cuestión será muy útil para crear una verdadera alianza mundial que promueva el desarrollo sostenible. Trabajemos juntos para que todas las personas puedan vivir con dignidad y prosperar, al tiempo que logramos la seguridad energética y conservamos el planeta para las generaciones venideras.

El papel de las Naciones Unidas y, en particular el del Consejo, es fundamental en esta tarea. Le deseo éxito en sus actividades.
